

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscritores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

Enriqueta.

(Conclusion.)

Ya estaban dentro de mi calabozo, y aun no los habia yo visto; y me volvieron á encontrar en el mismo sitio y en la misma postura en que me habian dejado.

Lo que me queda por decir ocupará poco espacio: hasta el momento indicado mis recuerdos son muy exactos, pero no son ni con mucho tan claros respecto de los momentos siguientes: recuerdo muy bien sin embargo la manera con que salí de mi calabozo para pasar á la sala grande: sosteníanme dos hombres pequeños, arrugados, vestidos de negro: sé que traté de levantarme cuando ví entrar al guardian de la prision con su gente, pero no pude.

Ya se hallaban en la sala grande los dos desgraciados que debian sufrir su pena conmigo; tenian atados los brazos y las manos á las espaldas, y estaban echados sobre un banco aguardando que yo estuviese preparado. Un viejo flaco, con cabellos blancos y claros estaba leyendo en alta voz al lado de uno de ellos; vino á mí y me dijo una cosa... que debiéramos abrazarnos, á lo que creo, porque no le oí distintamente.

Lo mas difícil entonces para mi era contenerme para no caer. Habia yo creído que semejantes momentos pasarian llenos de rabia y de horror, pero nada de esto sentí y si solo una debilidad, como si el corazon me faltase y como si la tabla misma sobre que me encontraba se hundiese debajo de mis pies. No pude sino hacer al viejo de los cabellos blancos seña de que me dejase: acercóse uno, y le alejé: acabaron de atarme los brazos y las manos, y oí á un oficial decir á media voz al capellan que todo estaba pronto. Al salir, uno de los hombres vestidos de negro acercó á mis labios un vaso de agua pero no pude beber.

Comenzamos á ponernos en marcha, atravesando dos largos pasillos embovedados que conducian desde la sala grande al cadalso. Ví las lámparas que estaban aun encendidas, porque la luz del día no penetra jamás en ellos; oí los clamores de la campana, y la voz grave del capellan que iba leyendo delante de nosotros: «Yo soy la resurreccion y la vida, ha dicho el Señor; el que cree en mí, aunque muriere, vivirá; y aunque los gusanos roan mi cuerpo en mi carne, yo veré á Dios.»

Este era el oficio fúnebre, las oraciones por los que yacen en el féretro, inmóviles, difuntos, recitadas por nosotros que estabamos de pié, vivos. Todavía sentí una voz y ví alguna cosa; y este fué el último momento de completa percepcion que tuve. Sentí la transicion repentina de aquellos pasillos subterráneos, calientes, ahogados, alumbrados

por lámparas, á la plataforma descubierta y á las escaleras que subian al cadalso; y ví la inmensa muchedumbre que ennegrecia toda la estension de la calle debajo de mis pies, las ventanas de las casas y de las tiendas de enfrente llenas de espectadores hasta el cuarto piso. Ví la iglesia del Santo Sepulcro á lo lejos, por entre la blanquecina niebla, y oí el tañido de la campana. Recuerdo aun el cielo nebuloso, la mañana envuelta en la bruma, la humedad que cubria al cadalso, la inmensa y negra masa de edificios, la cárcel misma que se alzaba al lado y parecia arrojar su sombra sobre nosotros; y la brisa fresca y fria que al salir vino á darme en el rostro. Aun lo veo todo hoy mismo; la horrible perspectiva está toda entera delante de mí: el cadalso, la lluvia, las caras del concurso, el pueblo encaramándose sobre los tejados, el humo que se abatía pesadamente descendiendo á lo largo de las chimeneas, los carros cargados de mugeres mirando desde la entrada del meson de enfrente, y el murmullo bajo y ronco que circuló por la turba reunida al presentarnos en público. Jamás ví tantos objetos á la vez, tan claramente, tan distintamente como de aquella sola ojeada, pero fué poco duradera.

Desde aquella ojeada en adelante, desde aquel momento, todo lo que siguió fué nulo para mí. Las oraciones del capellan, la atadura del fatal nudo, el gorro cuya idea tanto horror me inspiraba, mi suplicio en fin y mi muerte, no me han dejado recuerdo alguno; y si no estuviese cierto de que todas estas cosas han sucedido, no tendria de ellas la menor idea. Despues he leído en las *gacetas* los pormenores de mi conducta sobre el cadalso: es decir, que me habia portado dignamente, con firmeza; que habia muerto, al parecer, sin muchos padecimientos; que no habia hecho esfuerzo alguno; pero por mas que he trabajado para recordar una circunstancia siquiera de todas estas, no he podido lograrlo. Todos mis recuerdos cesan desde que ví el cadalso y la calle.

Lo que me parece haber seguido inmediatamente á este fué el despertarme de un sueño profundo. Me encontré en un cuarto, sobre una cama junto á la cual se hallaba un hombre que cuando abrí los ojos, me estaba mirando atentamente: habia yo recobrado todas mis facultades, aunque no pude hablar al momento; creí que habia obtenido el perdón, que me habian arrancado de encima del cadalso, y que me habia desmayado. Cuando llegué á saber la verdad, me pareció tener un recuerdo confuso como de un sueño, de haberme hallado en un lugar extraño, tendido, desnudo, con varias figuras que flotaban á mi alrededor; pero esta idea no se presentó por cierto á mi espíritu sino despues de haberseme dicho lo que habia pasado.»

Esto es lo que me leyó Silvio: esta narracion tan animada y tan sencilla, estos pormenores tan verdaderos y tan naturales, todo este conjunto de un dolor encerrado invenciblemente en la unidad, me afectaron con violencia, y por un instante me hicieron pasar á ideas puramente literarias.

— Con estas páginas, dije á Silvio, hay para hacer un hermoso libro.

— Hay un libro enteramente hecho, me replicó Silvio; y mas tarde comprendí que tenia razon. (1)

CAPITULO XXVI.

La Burba.

Las verdaderas ingenuas
no son comunes en el mundo.

C. NODRIZ. Diccionario.

Ocurrióme una idea: conté los meses, conté los dias, conté por dos veces, y corrí precipitadamente hacia la Burba: no se entraba en ella por la tarde y volví á la mañana siguiente. La Burba es el asilo de las mugeres en cinta que que no tienen otro; es el refugio de las pobres solteras que llegan á ser madres, de las casadas cuyo marido es jugador, de las sentenciadas á muerte á quienes el verdugo aguarda á la puerta: allí unas y otras encuentran una cama, malos alimentos y tres dias de descanso.

Yo pregunté por la sentenciada á muerte, y la ví; tenia aquella extraordinaria blancura que es frecuentemente para una madre joven, la dulce compensacion de todos los males que ha sufrido; estaba sentada en un gran sillón, y con la cabeza baja daba de mamar á su niño. El niño tenia hambre, y se aplicaba con un ardor graciosísimo al seno de su nodriza: el seno era blanco matizado de azul, y facilmente podrá juzgarse que era el de una buena nodriza, de una muger joven y fuerte, nacida para ser madre. El nombre de madre tiene algo de respetable en todas partes, aun en la Burba: una muger que dá su pecho á un niño, la vida del niño que depende de su vida, la proteccion cuidadosa y tierna que solo ella puede dispensarle, el pequeño corazón que comienza á latir bajo el corazón materno, este conjunto hace olvidar todos los crímenes de una muger, todas sus traiciones, todas sus debilidades: diríase que el amor que tiene á su hijo la absuelve de todos los demas, y que la vida que acaba de dar á un hombre reemplaza la vida del hombre que ha destruido.

Yo habia llegado en la mañana misma en que Enriqueta iba á morir: su calma, su actitud, su debilidad, y todo lo que yo sabía de los primeros instantes de su vida y de sus desgracias, me despedazaban... Rogué á la monja que la acompañaba nos dejase solos, la dije que era hermano de la víctima y queria hablarla sin testigos: el niño se habia quedado dormido sobre el seno de Enriqueta sin separarse de él: yo me acerqué y la dije:

— ¿Me conocéis? — Alzó ella los ojos hacia mí, é hizo una seña con la cabeza para responderme que en efecto me conocia, y observé que esta confesion le era penosa.

Enriqueta, la dije, viendo estais delante de vos á un hombre que os ha adorado, que os adora todavia; si teneis alguna disposicion última que hacer, confiádmela, y la ejecutaré fielmente.

Tampoco me respondió á estas palabras, pero su mirada era tierna. — Pobre joven, si me hubiese mirado de esa manera una sola vez, una tan sola, habrias sido mia, mia para siempre, y yo hubiera sido enteramente tuyo. — Enriqueta con qué es verdad! ¡con qué es preciso morir, morir tan joven, y tan hermosa, tú que hubieras podido ser esposa mia, criar nuestros hijos, ser venturosa, y abuela despues anciana con los cabellos blancos, morir sin dolor en una bella noche de otoño, en medio de tus nietos! algunas horas mas y adios para siempre!

Ella continuaba callando, estrechaba á su hijo contra su corazón, y lloraba. Eran las primeras lágrimas que yo la habia visto derramar; corrian lentamente; su hijo las recibia casi todas, y bañado así de lágrimas, le miraba yo como mio.

— Al menos, dije á Enriqueta, ese tierno niño...

La puerta se abrió á la mitad de mi comenzada frase. — Ese niño es mio, me dijo un hombre que entraba, volví la

(1) Alusion al poema social tan brillante escrito por la sublime pluma de Victor Hugo con el título de *El último dia de un reo de muerte*.

cabeza, y conocí al carcelero; era tan feo como siempre, pero me pareció menos espantoso que antes. — Vengó á buscar á mi hijo, continuó; no quiero que sea hijo de otro; si ya no tengo mi empleo para dejárselo, como mi padre me dejó el suyo, llevar la canasta de trapero. Ven Enrique, dijo al niño: al mismo tiempo sacó de su canasta un lienzo blanco, y, acercándose á la madre sin mirarla, cogió al niño con delicadeza; la pobre criatura dormia colgada del seno de la madre, y fué preciso hacerle violencia para arrancarle de aquella fuente de vida; la madre no se oponia á nada, y el hijo fué envuelto en un lienzo, y cuidadosamente colocado en la canasta; el trapero en ademan de triunfo dijo: — Ven, Enrique mio; la madre no deshonra y no pondrá en tí las manos el Buchí.

El padre se marchó; ya era tiempo de que se marchase. Buchí! á estas palabras Enriqueta levantó los ojos, y exclamó con voz alterada: «Buchí! ¿qué quiere decir con esto? esplicádmelo por favor» y veíaia yo acometida de un temblor convulsivo.

— Ah! la respondí, Buchí es el nombre con que el pueblo bajo y el dialecto de las cárceles designan al ejecutor de la justicia.

— Ya me acuerdo, replicó ella.

En seguida con una expresion indecible de dolor y de pesar me dijo: — Oh! cuán culpable soy! qué severos avisos me habeis dado! qué nombre pronunciábais delante de mí, sin pensarlo! cuánta felicidad perdida, cuántas miserias por no haberos respondido! Porque yo os entendia, continuó, yo os comprendia, yo me acordaba de todo, yo os amaba como me amabais vos; pero me ví humillada, y desde aquel dia quedé perdida. Perdon, perdon, exclamó, perdon en nombre de Buchí!

Al mismo tiempo me tendia sus brazos; yo sentí su megilla ardiente rozarse ligeramente con la mia; esta fué la primera: la última vez.

Entraron á advertirme que habia estado demasiado tiempo con ella.

CAPITULO XXVII.

El Verdugo.

Ese barbudo alto que planta sobre la rueda.

P. L. JACOB.

Yo di á correr, á volar; atravesé el gentio que aun no pensaba en nada, que no iba mas que al mercado mientras llegaba la hora. Despues de muchas vueltas y de atravesar bastantes calles, llegué al fin á una puerta sin número: toda la ciudad la conoce; una puerta baja asegurada con clavos de cabeza ancha, un ligero llamador para avisar á los de adentro, piedras grandes, sosiego y paz en torno... cualquiera se imaginaria ver una suprefectura de provincia. Llamé y salió á abrirme un criado que me causó admiracion por su buen porte y sus maneras atentas: entré en un salon muy bueno, pregunté por el dueño de la casa, y fueron á saber si estaba visible: entretanto recorrí la pieza que era deliciosa. Alfombras nuevas, sofá ancho, y multitud de risueños grabados, Dafne y Cloe, Belisario, los desposorios de la Virgen, un reloj de sobremesa coronado por un Amorcillo... en fin un salon de coronel joven, nada menos. El piano estaba abierto, y sobre él habia una romanza de Bruguière y unos guantes de señorita; á cada lado del piano se veia un retrato, este era de un hombre, joven todavia y de fisonomia franca, aquel representaba á una madre de familia que se sonreía mirando á un niño recién nacido; ambos eran sin duda de los dueños de la casa, y comencé á recelar si me habia equivocado al llamar á aquella puerta.

Volvió el criado y me hizo pasar á un gabinete de estilo noble y severo, donde solo se notaban libros, bronce, una esfera, y delante de ella un niño que seguia con el dedo la division de los estados de Europa, acabando la leccion que diariamente le daba su abuelo.

Fuí recibido muy cortesmente, se me ofreció una silla, y no sabia como componerme para empezar.

— Caballero, me dijo el hombre, echando una mirada á su reloj, hoy no me pertenezco á mí mismo; ¿tendré el honor de saber la causa que me proporciona vuestra visita?

— Yo venia, caballero, á pedir una gracia que no me negareis.

— ¿Una gracia, caballero? dichoso seria yo si pudiese conceder alguna; muchas me han pedido, pero siempre en vano; es lo mismo que pedir gracia á la roca que cae.

— En ese caso, os habreis tenido frecuentemente por muy infeliz.

— Infeliz como la roca. Siempre he tenido de mi parte el derecho, el único derecho legitimo que no se ha negado un solo instante en nuestra poca.

— Teneis razon una legitimidad inviolable! Caballero, en buena historia, es preciso remontar hasta vos para demostrar la legitimidad.

— Una legitimidad inaudita, caballero, una legitimidad que desde el canciller Maupeon no ha cejado un solo paso. Revolucion, anarquia, imperio, restauracion, nada ha podido conmovierla; mi derecho se ha mantenido siempre en su puesto, sin dar un paso adelante ni atras. Bajo este derecho ha doblado la cabeza el poder real, despues el pueblo, luego el imperio, todo ha pasado bajo el yugo, solamente para mi el yugo no ha existido; yo he sido mas fuerte que las leyes, de las cuales soy la sancion suprema, las leyes han cambiado mil veces, yo no he cambiado ninguna: he sido inmutable como el destino, fuerte como el deber, y he salido de tantas pruebas con el corazon puro y con el convencimiento íntimo de mi virtud. Pero, os lo repito, el tiempo urge, ¿me atreveré á preguntaros lo que ecstis de mí?

— He oido decir siempre, respond. yo, que el reo sentenciado que ponen en vuestras manos, es propiedad vuestra, y os pertenece enteramente; vengo, pues, á pedir que me cedais uno que me interesa mucho.

— ¿Sabeis caballero, con qué condiciones me los dá la ley?

— Lo sé; pero satisfecha la ley, os queda una cosa; un cuerpo y una cabeza: ese cuerpo y esa cabeza es lo que yo quisiera comprar á toda costa.

— Si no es mas que eso, caballero, el ajuste se concluirá pronto. Y volviendo á mirar su reloj, añadió: ante todo, permitidme que dé algunas órdenes indispensables.

Tiró con celeridad del cordon de la campanilla, y al momento entraron dos hombres. — Estad listos para la una, les dijo; vestíos con decencia, pues se trata de una muger, y nunca seremos bastante atentos con ella. — Dicho esto, se retiraron los dos hombres, al mismo tiempo que la muger y la hija del dueño llegaron para despedirle. Su hija era alta, jóven, hermosa, y le dió un beso con sonrisa diciéndole: — hasta la vista. — Te aguardaremos para comer, añadió la muger; y acercándosele en seguida le dijo en voz baja. — Si la muger sentenciada tiene cabellos negros, hermosos, hazme favor de guardármelos para hacerme un postizo.

El hombre se volvió hácia mi, diciéndome: — ¿Entran los cabellos en el ajuste? — Todo, le respondí, el cuerpo, la cabeza, los cabellos, todo, hasta el terreno que se empape de la sangre.

Dió él un beso á su muger, y le dijo: — Otra vez será.

CAPITULO XXVIII.

El Sudario.

¡Para qué!

MALEBRANCHE.

Mientras que todo París se dirigia á la casa de la Municipalidad, yo llegaba á lo alto de la calle del Infierno, penetraba por la última vez en aquel barrio perdido, donde se diria que la humanidad parisiense ha colocado el depósito de todas las infamias y de todas las miserias; volví á pasar por delante del hospital de los Capuchinos; por delante de la Burba donde ya no estaba ella; y por delante de la graciosa casa del carpintero jóven, donde no estaba ni él ni su futura que habian ido juntos á ver el efecto de la máquina, hallandose solo en el vasto patio el vaso que habia tenido la pintura encarnada con la cual se habia pintado el cadalso. Tambien pasé delante de la Salitrería, y ví al hermoso muchacho y á su madre haciendo otra cuerda, como si habiesen calculado que era menester sustituir la que el

verdugo iba á cortar; en la barrera encontré igualmente al mendigo que representaba académicamente á los héroes, y al saboyarbo, que me volvió á llamar mi general. A los dos pasos vi venir á un mayordomo con aire de importancia en un pesado carruge, y conocí al italiano; en una palabra tropecé nuevamente casi con todos los héroes de mi libro; su vida no habia dado un solo paso; tenian dos años mas, á esto se reducía todo, y yo habia consumido mi vida, habia perdido mis postreras ilusiones de jóven, y por último paseo iba á clamar, á aguardar que me entregasen lo que habia ajustado en aquel día.

Eran las dos, el sol marchaba lentamente, y yo seguia por el camino real á la sombra de los álamos, cuando en medio de una verde pradera ví una gran porcion de lienzo blanco tendido al aire sobre cuerdas atadas á los árboles, y á orillas de un arroyo inmediato á varias mugeres que hacian resonar el aire con los golpes de su lavado. Entonces me acord. de que no tenia sudario, y resolví adquirir uno á toda costa, para lo cual me entré en la pradera, que justamente pertenecia á mi lavandera Jenny; encontré á esta sentada sobre un haz de heno destinado á su caballo; haciendo á la vez la guardia al lienzo tendido y al que estaba en el lavadero, pero siempre traviesa y con buenos sentimientos.

— Muy triste estais! me dijo despues del primer saludo.

— ¿Así lo crees Jenny? ah! necesito de tí! me hace falta al instante mismo un lienzo grande para envolver á una pobre muchacha que está muriéndose.

— Muriéndose! respondió Jenny; quizá haya todavia esperanza; yo he visto volver de muy lejos muchas muchachas á quienes se creia muertas, y que están tan buenas como vos y yo.

— Para ella solamente no hay esperanza, Jenny! ¡Seguramente la desventurada morirá antes de las cuatro! date prisa, pues; el tiempo urge, dame con qué envolverla.

Jenny me llevó al medio de la cuerda, y me enseñó el lienzo. — No es esto, la dije, necesito una cosa más fina, una camisa de muger por ejemplo. Dí, que la has perdido, que te la han robado, Jenny, dirás todo lo que quieras pero la necesito.

Mi buena Jenny no se lo hizo decir dos veces; me llevó por entre todo el lienzo, y no hallé nada que fuese de la medida de Enriqueta; una era demasiado ancha, otro demasiado estrecha; á veces me detenia el nombre de la propietaria, porque queria yo que á falta de tierra consagrada tuviese la infeliz un casto sudario. Jenny iba siempre á mi lado sin comprender mi disgusto.

Al fin hallé colgado de las ramas de un almendro de la pradera, cubierto ya enteramente de su flor purpurina, el sudario mas lindo que se puede imaginar: era un hermoso lienzo de batista, blanco y suave como el raso, adornado por la parte inferior con un bordado ligero, y tan animado por el céfiro de la primavera que á veces parecia esconderse debajo de aquel fino tegido un cuerpo de diez y seis años.

— Esto es lo que yo busco, dije á Jenny; esto es lo que necesito; dámele y estoy satisfecho.

Jenny titubeaba, porque el lienzo pertenecia á una de sus mejores parroquianas: pero me mostraba yo tan satisfecho del hallazgo, que cedió luego á mis deseos. Doblé cuidadosamente mi sudario, y ya me iba, cuando volviendo atrás, la dije:

— No basta esto; necesito otra cosa, un sadario mas pequeño, una especie de saquito.....

— ¿Con qué eso es para una recién parida? me preguntó Jenny.

Yo retrocedí con espanto como si ella hubiese sorprendido mi secreto. — Una recién parida! ¿quién te lo ha dicho Jenny?

— Si, replicó ella, un sudario para la madre, y un sudario para el hijo; y echando una ojeada sobre su redondo talle, añadió: Triste muerte es esa!

— Ah! si, querida Jenny, una muerte muy triste!

Yo añadí al primer sudario la funda de una almohadilla sobre la cual mi cabeza habia reposado tan deliciosa y frecuentemente.

CAPITULO XXIX.

Clamar

Un resposno por favor.

CEMENTERIO DEL P. LA CHAISE.

Clamar es un cementerio, un pedazo de tierra que ningún sacerdote ha bendecido; jamás resuenan en él las oraciones de los difuntos, jamás se ha sembrado una flor en él, jamás se ha plantado una cruz en aquel lugar de desolación. Aquel es del lugar el descanso de los ajusticiados; la mayor parte de las tumbas está vacía; en aquel campo la sepultura es solo un simulacro, el féretro del difunto es solo un préstamo que se le hace; envuelto á las cuatro, encuéntrase despojado á las siete de su sudario para la instrucción de los anfitratos; para él nada de lamentos, nada de llantos. Un sepulturero solo basta para la obra; cuando yo entré en el cementerio ví uno que estaba abriendo una sepultura: el césped se hallaba mezclado con la tierra, y la tierra estaba dura, señal de que no se removía con frecuencia. Acerquéme al sepulturero, y le dije:

— Despacio vais, amigo, y el hoyo no está muy hondo á lo que se vé.

— Voy como puedo, me respondió; y en cuanto al hoyo, me parece que siempre estará bastante hondo para lo que quieren hacer de él, además de que, aun cuando el muerto se quedase en él hasta el fin del mundo, no contagiaria á nadie, porque ordinariamente nosotros no tenemos aquí apestados, y todos son unos mocetones que lo pasan bien y que están tan sanos como vos y yo: este es el único cementerio de París, donde no hay que temer el contagio.

— ¿Me parece que estais contento con vuestro empleo, amigo, y que no envidiais el de nadie?

— No envidiar á nadie! Ah! si fuese siquiera sepulturero supernumerario en el cementerio del Padre La Chaise! ese si que es un oficio que produce y que divierte! todos los dias gratificaciones y evoluciones militares. ¡Aquello es una procesion de madres desconsoladas y de esposas de luto! y luego, monumentos soberbios, flores que esparcir, sauces llorones que recortar, jardinitos que cuidar! he ahí sin duda un oficio soportable! y daba un golpe con su azada en la tierra, y continuaba diciendo:—Y aqui por el contrario nada: ¡ni un pequeño acompañamiento, ni un pariente que lllore, ni un ramillete que vender! Solo vienen los criados del verdugo que apenas dan para un trago. Triste oficio! añadió, tanto valdria ser gendarme ó emplado de puertas.—Y quedabase parado, apoyándose en su azada en la actitud de un honrado cultivador que vé terminarse un largo jornal de esío.

— Necesito un hoyo profundo, repliqué yo con tono impetuoso; seis pies; abonda, y te daré para que echés un trago.

— ¡Seis pies para un ajusticiado! no estais en vos: se necesitaria entonces una hora para desenterrarle esta noche.

— Seis pies cabaies, el cadáver es mio.

— Auto en favor, contestó el sepulturero, y volviendo la cabeza, añadió: va siendo tarde, ya no pueden dejar de llegar pronto.

En efecto ví venir á lo lejos pausadamente un carruage grosero que guiaba un carruagero á pié, y sobre cuya delantera caminaban sentados dos hombres con los brazos cruzados: en medio del carro se distinguía confusamente una cosa encarnada, esta era la canasta destinada á recibir al cadáver, despuns de hecha la justicia.

Llegados á la puerta del cementerio, bajó uno de los hombres á tierra, el sepulturero salió á recibirle con su gorra en la mano, el que habia quedado en lo alto alargó la canasta que los otros dos recibieron, y cuya carga era menos pesada que embarazosa y entre todos la dejaron torpemente caer á mis pies. Yo estaba medio sentado contra el guardacanton, y veía todo esto confusamente como en un sueño.

Uno de los criados se acercó á mí, y me dijo:

— ¿Sois vos á quien he visto esta mañana en casa de su merced?

— Yo soy; ¿qué me queréis?

— Como habeis comprado el cuerpo de la ajusticiada, su merced ha pensado que seriais tal vez pariente de ella,

y que no querriais que muriese insolvente, por lo cual me ha encargado que os entregue esta cuentecita.

Cogí la cuenta, que era absolutamente como otra cualquiera, como la de un especiero ó la de una modista, estendida en hermoso papel blanco y de hermosa letra, y la leí pausadamente, como quien queria pagar pero no que le robasen.

— ¿Está aqui toda la cuenta? pregunté al primer criado.

— Y es el precio justo, me respondió; no pagais un maravedí mas que la ciudad, y tendreis el consuelo de saber que la difunta no ha muerto á costa del gobierno.

Volví á leer la cuenta, repasé la suma, y dije, sacando la prueba: Hay doce reales de mas á vuestro favor, caballero.

Yo pagué como si no hubicse habido error en la suma.

Después, hice el inventario de la canasta encarnada. Abrióla el criado, y salió de ella primeramente la cabeza con los cabellos cortados y divididos como con una navaja de afeitar; la boca de aquel blanco rostro se habia contraído horribilmente; tan fuerte habia sido la convulsion que las mandíbulas no estaban paralelas, de manera que aquella boca antes tan graciosa habia quedado cerrada de un lado y horrorosamente abierta del otro.

— ¡Infeliz! mucho ha debido padecer!

— Nada absolutamente, me respondió el segundo criado que tenia cogida la parte superior del lienzo; hemos tenido mil atenciones con ella; al momento que nos la entregaron, la hicimos sentar un instante, despues la llevamos en peso hasta el carro, y os aseguro que era un carga muy ligera.

— Vosotros la habeis llevado; y ¿como estaba?

— Muy hermosa, en verdad! Habia obtenido del carcelero el permiso de vestirse á su gusto; y se puso un vestido de lana alto que le llegaba á los hombros, y un pañolito de crespon que le cubria el cuello; esta muger tenia muy buenos hombros y muy buen cuello.

— Ví tambien que tenia unas manos preciosas, añadió el otro criado; yo fui el que se las ató, y eran suaves y hechas á torno; de todos modos era una criatura hermosa.

— Sin embargo á esa hermosa criatura la habeis matado despiadadamente.

— Hemos hecho por ella cuanto hemos podido, replicó el primer criado; la hemos sostenido, y la hemos ocultado el cadalso; así jella ha muerto con honor!

— Y antes de morir ¿no ha preguntado por nadie?

— Por nadie! solo sí que al salir ha mirado muchas ve es á su alrededor con ademan inquieto, y como si aguardase á encontrar á algun conocido entre la gente.

— Si, añadió el otro, y cuando no vió lo que buscaba, dijo en voz muy baja: Buchi! despues lanzó un profundo suspiro, y yo no pude menos de reirme al ver á mi amor que volvió la cabeza oyendo el nombre de Buchi, porque sin duda creyó que le llamaba.

Yo dí fin á la conversacion diciendo:—Dejadme, dejadme; dadme el cuerpo, y marchaos.

El cuerpo estaba ya la mitad fuera de la canasta, y sacaron la otra mitad... absolutamente desnuda!

El sepulturero acercó el féretro:—Nostramo, me dijo, vuelvo al instante, voy á echar un trago y vuelvo.

Yo saqué entonces el sudario, cogí la cabeza, y la envolví en la funda de mi almohada. Despues Silvio, que habia llegado ya, me ayudo, y entre los dos envolvimos el cuerpo en la camisa blanca. El bordado tocaba apenas á los talones, la parte superior cubria perfectamente los hombros, y quedaba sitio bastante para atar el nudo que habia de sujetar aquella vestidura funebre.

Las viejas, las jóvenes, todas las mugeres de las cercanías habian invadido el cementerio y nos estaban mirando.

— Virgen María! exclamó una de ellas. ¡no es un asesinato el ver un lienzo tan hermoso enterrado como un cadáver!

— ¡Si al menos fuese en tierra bendita! decia otra.

— Ya vereis como una guillotina tendrá camisas mas nuevas que una cristiana! añadia la tercera.

Entre todas aquellas mugeres habia un hombre gordo, colorado, con una voz dulce como de flauta, un buen hablador, si los hay, el cual estaba al borde de la sepultura, é hizo una observacion atroz. Acababa yo de atar el sudario, y él se puso á esplicar á las mugeres de qué manera las camisas sin cuello eran mas favorables que las nustras á una ejecucion; en seguida notando las lágrimas que bañaban mis ojos:—Voto á cribas! añadió, y qué insensatos son los hombres! Yo he sido diez años músico en San Pedro de Roma, he sido chantre en Florencia, he visto las mugeres mas hermosas de Italia y de los estados Venecianos, y ni una sola vez he experimentado esa pasion loca que llaman amor.

Las mugeres le miraban con desprecio, y yo con desden compasivo: era un soprano de Nápoles.

Entre tanto habiamos ya colocado el cadáver en el féretro; el sepulturero volvió medio borracho; y bajamos el cuerpo á la tumba; la tierra cayó con un ruido monótono que iba debilitándose por grados...

Al dia siguiente, cuando volví al mismo sitio, ya no habia tumbas; habian robado el cadáver para la Escuela de medicina; las mugeres de las cercanías habian cogido el sudario para servirse de él.

Entonces comprendí que si así no hubiese acontecido, no se habria cumplido enteramente aquel destino de dolor.

FIN.

(La Crónica.)